

BIOÉTICA: NUEVOS VALORES PARA UNA NUEVA CULTURA¹

Desde el descubrimiento del Ácido Desoxi-Ribonucleico después de la Segunda Guerra Mundial en 1953 por James Watson y Francis Crick, publicado en un breve artículo de la revista Nature en el que se refería al DNA como dos cadenas helicoidales simples pero no idénticas, compuesta por una secuencia de 3000 millones de pares de nucleótidos y por aproximadamente 100,000 genes, cuyo conocimiento y ubicación, en un estudio multicéntrico que se realiza durante 15 años, recibe el nombre de Proyecto Genoma Humano; hasta la clonación de la oveja Dolly en el Reino Unido hace apenas unos meses, se ha logrado que la manipulación genética en el mundo moderno sea una verdadera posibilidad.

La descripción del coma dépassé realizada por Mollaret y Goulon en Francia en el año 1959, en un sujeto sin conciencia, ventilado mecánicamente, con hipertensión endocraneana y una necrobiosis aséptica del encéfalo, sentaba las bases para que el Profesor Pallis del Reino Unido y Walker y Younger en los Estados Unidos, entre otros, contribuyeran de forma decisiva a definir lo que hoy llamamos Muerte Encefálica -la cual es muerte real-, donde se aprecia una ausencia irreversible tanto del contenido como de la capacidad de la conciencia, siendo posible durante dicho proceso mantener órganos perfundidos con funciones biológicas concretas.

El desarrollo de la transplantología, tal como se realiza en la actualidad, permite sustituir un corazón enfermo por otro sano, o bien trasplantar en bloque varios órganos al mismo tiempo, como corazón y pulmón o hígado y páncreas; cambiar una cornea dañada por otra transparente, o bien congelar un embrión fecundado in Vitro durante algún tiempo y dividirlo mediante técnica de fisión gemelar para obtener gemelos univitelinos, probablemente, si se desea, con diferencia entre ambos de varios años.

Todo este adelanto científico, producto de la adquisición de nuevos conocimientos y del desarrollo de novedosas técnicas o tecnologías, ha hecho que el hombre no sólo se sienta más seguro, sino que en cierta forma se considere dueño de la naturaleza.

La ciencia ha modificado notablemente la vida del hombre, le ha dado mayor calidad a su existencia y mejores posibilidades a sus aspiraciones. También ha modificado su forma de morir. De hecho el morir humano ha cambiado. Las personas ya no fallecen como antaño rodeadas



de sus seres queridos. Hoy día, ante cualquier enfermedad que ponga en peligro la vida, se ingresa en una Unidad de Cuidados Intensivos, rodeado de equipos complejos que monitorizan o substituyen funciones vitales por un período prolongado de tiempo, alejando al propio médico de la cabecera del enfermo y, en ocasiones, privando al paciente de los mínimos consuelos requeridos. La muerte se ha tecnificado, se ha institucionalizado, se ha convertido en un rudo proceso tecnológico, en lugar de ser un acto esencialmente humano.

Durante los últimos años, las ciencias biológicas y las técnicas biomédicas de vanguardia han ido decantando en un corto período de tiempo a las disciplinas más académicas o clásicas como la filosofía, la ética y la teología, estas han tenido que afrontar el reto de la especialización de forma acelerada, tratando de seguir el ritmo vertiginoso de los procesos técnicos e informáticos que lindan a veces con la ciencia ficción. La revolución tecnológica y científica no ha dado tregua ni reposo para una reflexión serena



del discurso ético tradicional. Desde la década de los ochenta, la biotecnología ha estado a punto de hacer estallar por los aires la coherencia interna existente entre los principios éticos y los criterios normativos.

El acelerado proceso investigativo, en ocasiones prodigioso, ha generado la necesidad de llenar el vacío ético con normas jurídicas; y surgen, al amparo de la jurisprudencia, los criterios o códigos deontológicos que tratan de regular la actividad profesional.

El hombre se pregunta si en realidad es dueño de su propio destino o si se encuentra a merced de fuerzas oscuras que lo empujan incesantemente hacia horizontes insospechados. Se cuestiona también si todo lo técnicamente posible es lícito hacerlo; si debe o no el ser humano limitar su curiosidad científica y cuáles deben ser los límites de este afán de conocimientos. Surge otra duda no menos acuciante: ¿hasta qué punto es lícito fomentar o consolidar el dominio del hombre sobre el hombre, en el campo de la biología y las ciencias médicas?

Ante esta situación marcada por la duda y la pérdida de referencias ético-morales, se encuentra el hombre de nuestro tiempo, a las puertas de una cultura post-moderna que trae como signos característicos estos dos conceptos: la secularización y la tecnocracia. Han transcurrido más de

treinta años desde la proclamación de la secularización del mundo moderno realizada por Bonhoeffer con una expresión que ha llegado a ser técnica: “Vivir y construir un mundo ETSI DEUS NON DARETUR” (Como si no existiera Dios). Desde un principio teórico modificado posteriormente por otros pensadores, se ha originado un movimiento a veces con ideas ambiguas y pluralidad de interpretaciones, que ha calado las instituciones convirtiéndose en cultura y en comportamiento de masas, incapaz de percibir sus límites objetivos. La radicalización de la secularización, el llamado secularismo, ha querido situar a Dios fuera de su horizonte. Probablemente encontraremos una de sus fuentes en el planteamiento de F. Nietzsche: “El mayor acontecimiento reciente es que Dios ha muerto”; lo había encontrado muerto, por lo menos, en el corazón de algunos hombres de su época.

Juan Pablo II, en su carta apostólica “Tertio Millennio Adveniente”, nos invita a verificar el nuevo horizonte cultural al comienzo de otro milenio de Cristianismo. El Santo Padre no tiene reparos en señalar que nos encontramos ante una crisis de la civilización, que se ha desarrollado fundamentalmente en los países llamados occidentales, marcados por un alto grado de desarrollo tecnológico. La “madre ciencia” pretende volver a situarse en el punto de



que vive y desarrolla el hombre de nuestro tiempo.

Probablemente el mayor pecado de este siglo, sea el de haber absolutizado y, por consiguiente, perdido, el verdadero sentido de la libertad:

- El que absolutiza la libertad de forma indiscriminada la impide y la desliga de la solidaridad con los demás hombres.
- El que absolutiza la libertad sin condiciones, se sitúa ante una incapacidad de afirmar verdades objetivas,

referencia de toda verdad. La tecnología se convierte en el “Deus ex machina” de una nueva cultura, cuyos límites éticos se encuentran en la frontera de lo fáctico, de lo cuantificable y verificable, hasta donde esta ciencia haya podido llegar.

No habrá, por tanto, una ética de los valores, sino que un relativismo moral será en lo adelante quien pretenda guiar al hombre en su bregar por la existencia.

Si consideramos el vocablo latino “Cultura” del que hablan Cicerón y Horacio como una metáfora relacionada con el cultivo de la tierra, como “Cultura Animi”, cultura del espíritu, educación de la persona, promoción del pensar y del actuar, pero ante todo “formación de las conciencias”, entonces comprenderemos como la promoción del conocimiento, aunque es indispensable, no será suficiente si no tenemos una “Cultura Moral”.

El subjetivismo y el individualismo de la libertad han proporcionado las bases teóricas de las tres corrientes morales más negativas del mundo contemporáneo: el HEDONISMO, el PRAGMATISMO y el UTILITARISMO. Éstas han conformado, por sus consecuencias desastrosas, una Cultura de Muerte manifestada de muy diversas formas, pero que ha traído consigo un peligro gravísimo: el de la confusión entre el bien y el mal. El criterio de la dignidad de la persona humana se ha perdido, suplantándolo por otros basados en la eficiencia, el placer, la funcionalidad o la utilidad. Esta “Cultura de Muerte”, basada en anti-valores, es una caricatura grotesca de la cultura verdadera, es decir una auténtica anti-cultura, en la

que todo es opinable, discutible y contingente.

- El que absolutiza la libertad llega a creer que toda certeza es dogmática, ya que todo es revisable y renovable.

Nietzsche acuñó este relativismo radical con el nombre de perspectivismo. La voluntad propia y libre sin medida, sin nada que la trascienda, se transforma paulatinamente en una “voluntad de poder”, las cosas son como queremos que sean; nosotros las creamos, como también creamos la verdad, el bien y los valores.

Esta visión tan absurda de la libertad ha llegado a su punto culminante con Sartre: “el hombre es enteramente libre o no lo será en lo absoluto”, no se define por cómo se concibe, sino que se concibe por lo que hace de sí. “El hombre es lo que hace” y “el otro es el infierno”, en la perspectiva de que pone coto a mi libertad. Probablemente Dostoievski, cuando pone en boca de Ivan Karamazov estas palabras, resume magistralmente la esencia del pensamiento sartreano: “Si Dios no existiera, todo estaría permitido”. Este, justamente, es el punto de partida de este subjetivismo alienante: Dios no existe, por lo que todo está permitido.

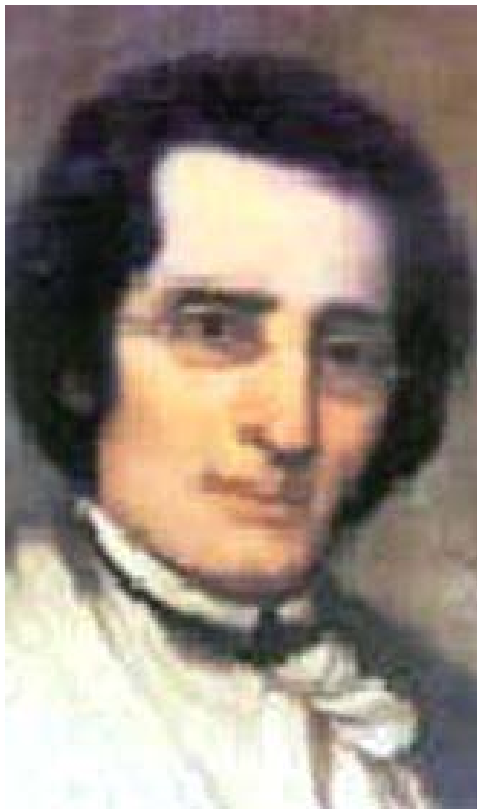
Desgraciadamente, el concepto de libertad como “aquél movimiento de la voluntad en busca de un bien debido que la razón le presenta”, se ha transformado en el mundo de hoy en puro libertinaje para algunos. Hay quienes han llegado a creer que esta libertad incondicionada constituye el ser mismo del hombre, el cual posee ahora todos los atributos divinos. Es célebre la frase conocida “homo, homini Deus est”.(El hombre es Dios para el hombre), de donde se

infiere que éste, apoyado sólo en sí mismo, se convierte en su propio “Ser Supremo”; él es el único juez de toda su moralidad; Dios sería una auténtica alienación.

Las consecuencias de esta visión del mundo han sido desastrosas para la civilización moderna; no obstante también alguien ha dicho que, “gracias a su libertad, el hombre desarrolla su existencia entre el drama, la comedia y el quehacer de la vida real”. Ante una “Cultura de Muerte” debe oponerse consciente y sistemáticamente una Cultura de Vida que es, ante todo, una “cultura de paz”, la cual presta mayor atención a la defensa de la vida, buscándole mayor calidad sin afectarle su dignidad y reflexiona una Ética que se ha concertado en torno a una Bioética, o Ética de la Vida. Una Cultura de la Vida no es otra cosa que crear desde ahora las bases de una Civilización del amor y la fraternidad. Con la palabra vida se puede designar el sustrato o condición del hombre en el mundo o, también, en una segunda acepción, sirve para designar un momento del existir humano que va hacia la plenitud de la persona que está por realizarse; pero cuando decimos Cultura de la Vida queremos expresar algo más que esto, nos referimos a la Vida plena que realmente, en su sentido propio, tiene un valor absoluto. Deseamos expresar con estas palabras que en la vida física no se agota el hombre; solo se apoyan y se desarrollan todos los demás valores. Una antropología positivista cuando tiene en cuenta la vida humana sólo en su sentido biológico, opera con un carácter muy reduccionista acerca del hombre, porque lo priva de su trascendencia que es, en última instancia, la razón de su dignidad.

En otras ocasiones se ha querido ver el sentido pleno del hombre sólo desde una perspectiva histórica. Sí, la vida histórica tiene un valor, pero será más valiosa en cuanto se conecte con la plenitud total hacia la que está llamada. Una Cultura de la Vida deberá ser, además, dialógica, autónoma y abierta a la solidaridad. Su ética no significará meramente un hábito o costumbre, sino que en su acepción más radical será como una segunda naturaleza que el hombre adquiera según vaya realizándose como persona humana.

Será indudablemente una ética de principios, pero para poder ser creíble deberá ser, ante todo, una ética de las virtudes, que encarnen estos principios. Kant entendía al



hombre moral como un sujeto de deberes; Scheler, en un plano más radical, como un sujeto de valores; y es precisamente en el ser personal de este hombre donde se encuentran inscritos sus valores éticos.

Si se quiere una Bioética que posibilite el diálogo, entonces deberá buscarse el consenso en una ética de mínimos. Su postura será antropocéntrica, debiendo reconocer en el hombre un sujeto inédito e irrepetible, verdadera fuente de valores, porque es un absoluto moral. Deberá descubrir en la persona humana toda su dignidad. El principio ontológico Boeciano continúa siendo en nuestros días el punto de partida para la comprensión de este ser cualificado que tiene la excelencia por antonomasia. Ésta se especifica en estima, custodia y realización.

Estos valores se viven no en abstracto, sino que se encarnan en un ser personal, sujeto de la historia, que vive en un contexto político y social determinado.

La cultura expresa la forma de vivir estos valores.

Nuestra cultura posee, en sus fundamentos, todo un código de ética de singular validez en el momento actual. El Pbro. Félix Varela, aquél del cual José de La Luz dijera que “fue el que nos enseñó primero a pensar” y contribuyó de forma tan magistral a crear los cimientos de nuestra nacionalidad, nos ha legado lo mejor de la simiente de una buena ética cubana en sus Cartas a Elpidio, publicadas en el destierro de Nueva York; son como un testamento intelectual en el que descuellan las mejores virtudes. Un gran amor a la patria, autoridad en la conducta, ánimo heroico y vigilante, unido todo a una profunda tolerancia, la que siempre acogió a todos con delicadeza de espíritu y comprensión.

Una nueva Ética para una Cultura de la Vida debe ser todo esto y mucho más; es también la forma nueva de evangelizar al hombre de nuestro tiempo. Nueva en sus métodos, nueva en su ardor, nueva en su expresión. Relevando el pesado fardo de angustias y vicisitudes para ofrecer a todos un futuro luminoso de trascendencia y esperanza.

Muchas Gracias.

1 Lectura magistral ofrecida por el Dr. René Zamora Marín, fundador y actual director del Centro Juan Pablo II, con motivo de la inauguración del mismo, el 18 de Julio de 1997. Este documento constituye una auténtica declaración de los principios en que se debía sustentar el trabajo de esta institución. A diez años de pronunciadas estas palabras, la revista Bioética las ofrece a sus lectores, para que tengan la oportunidad de realizar una lectura crítica de las mismas y juzguen si el Centro se ha mantenido fiel a los postulados que le dieron origen.